

**JUAN CARLOS LÁZARO**  
**MATERIALIZACIÓN DEL SILENCIO**

El viajero, que ha llegado por la mañana a la gran ciudad, de tanto renombre a orillas del Mediterráneo, tras haber almorzado en una ruidosa taberna cercana al puerto, se adentra por los meandros de las callejuelas del casco antiguo, atento a todo lo que ve, oye y huele. No tarda en darse cuenta de que se encuentra en el corazón de un barrio, emblemático de este fenómeno invasor, tan actual, llamado turismo. Lo que observa es vulgar, predecible y reiterativo. Pero al entrar en una calle estrecha con numerosos comercios, de pronto, su mirada se posa en un rectángulo de un blanco roto: un cuadro expuesto en el escaparate de una galería de arte.

Por un momento se queda perplejo. Se pregunta si se halla ante un avatar del arte contemporáneo: un lienzo sobre el que se ha extendido cuidadosamente una superficie uniforme de un solo color. Sin embargo, la curiosidad le empuja a acercarse. Y, entonces, del lienzo que tan solo parecía lisamente blanco surgen tres formas: tres cuencos alineados. Del de en medio se escapa una columna de humo, extremadamente tenue. Piensa: «este cuadro es como una *aparición* que plantea un *enigma*». Un pensamiento que le empuja a entrar en la galería...

Siente de inmediato que el mundo exterior se ha desvanecido y que sólo quedan él y la obra que tiene expuesta, ante sus ojos, en una gran sala. Ha entrado en la *materialización del silencio*, se dice, de un silencio que tiene

color y profundidad de campo. En los cuadros que va viendo, en la bruma de sus confines, se adivinan cosas, formas que no son siempre lo que parecen. La línea tenue del horizonte es una pared; tras ella, pero también delante, unos árboles. Dos cipreses tras el horizonte-pared: un camposanto.

Pudiera ser que lo que se vislumbra sea sólo un *espejismo*. Lo único tangible es la *luz*, dorada o ácida que lo envuelve todo. El ojo del viajero busca formas o huellas lejanas, o escondidas, ya que sospecha que el *vacío* que ve, ¡está *lleno*!

Antes de ver los paisajes con los que comienza el recorrido de la exposición en la gran sala, el viajero se ha detenido en el vestíbulo de la galería para contemplar dos dibujos expuestos en una vitrina. Parecían cubiertos por un *velo*, debajo del cual se adivinaban los contornos de una mujer desnuda. Una Venus prehistórica que aparecerá tres veces en el recorrido de la exposición, y que a cada nueva aparición será más visible. Entiende el viajero que es la musa que preside las pinturas. La Gran Diosa que desvela los confines del país de los sueños y de la muerte. Es Perséfone, Venus, Artemisa, es la Mujer garante de la fertilidad del mundo. Su presencia en el vestíbulo de la galería ilumina todo el sentido de la exposición. Estas pinturas son como la *emanación* de una *ensoñación*. ¿Quizá la ensoñación de la Gran Diosa que piensa el Mundo?

El viajero sigue su itinerario por la galería. Ahora lo exterior se confunde con lo interior: el paisaje con el bodegón y la meseta se transforma en mesa. Una mesa con mantel, ámbito de lo humano, como lo es el color gris. La luz dorada que parecía haberse esfumado va filtrándose de nuevo, apoderándose de la corporeidad de las cosas — unas hojas, tres limones... —, que brillan e irradian.

El amarillo, versátil, verdea cuando unas uvas están encima de la mesa. Y la mesa se transforma en una meseta, donde vasos de opalina semejan torreones chatos, donde una niebla dorada casi oculta un cuenco con frutos del Jardín de las Hespérides, donde un huevo, una taza con una rama de vid roja, y una huevera formulan una *adivinanza*. Limones, peras, vid, uvas, en la mesa-meseta; cuencos de porcelana ribeteados de plata encerrando frutas; y, siempre, la luz invicta que lo baña todo, creando espejismos, engullendo enseres y

vegetales, para después restituirlos. O eso es lo que cree ver el ojo ingenuo del viajero.

Los números también forman parte del misterio. ¿Por qué 3 hojitas, 4 membrillos, 2 o 3 peras? ¿Por qué 1 racimo de uva y 1 grano caído? Los números y el color cambiante expresan la temporalidad, el paso de las estaciones. Al inicio de la exposición, una rama provista de tiernas hojas verdes se posaba sobre el reborde de un cuenco y, hacia el final, lo que pudiera ser la misma rama apoyada sobre el cuenco luce rojas hojas otoñales.

El tiempo ha ido pasando y la Diosa ha regresado acompañada por un huevo y una calabaza: ¡vida y fecundidad! En una de las últimas pinturas se ha colado el azul de un cuenco de porcelana, que contiene unas uvas carnosas, como también se ha colado el rojo de tres granadas, mientras que en lo alto asoma un pequeño camposanto: ¡fecundidad y muerte!

El viajero ha concluido su itinerario. Se detiene pensativo. Ha visto cómo la vida contiene la muerte, cómo la muerte es lo más natural del mundo, y que a pesar de ello la luz es eterna.

Evoca el cuadro del escaparate que le ha invitado a entrar en el espacio de la luz.

Érase una vez tres cuencos. Del de en medio se escapaba un hilillo de humo que se esfumaba en la atmósfera, mientras los otros dos eran recipientes dispuestos a recibir los dones del mundo. Hermosa metáfora de la vida y de la muerte...

Texto escrito por Brigitte Szenczi

Con motivo de la exposición de Juan Carlos Lázaro en la Sala Parés.  
Barcelona, noviembre de 2023.